UN PIONERO DE LA LINGÜÍSTICA CIENTÍFICA:
ÁNGEL AMOR RUIBAL

Ángel López García
Universitat de València

Una propiedad de los simposios en los que se homenajea a un investigador es que todas las aportaciones aspiran a decir cosas positivas de él. Cuando, además, el simposio es no sólo conmemorativo, sino un tanto reivindicativo –como sucede aquí–, dicha característica se convierte en una condición inexcusable. Naturalmente, todos los que hemos venido a este simposio lo hemos hecho con el convencimiento de que merecía la pena participar, lo cual convierte la valoración positiva de Amor Ruibal en una obviedad. Pero yo no quería que este consenso básico se hiciese extensivo al título de mi intervención. Quiero decir con esto que la afirmación de que don Ángel era –en mi opinión– uno de los primeros lingüistas científicos que hemos tenido en España no debería tomarse como una gentileza de obligado cumplimiento.

Alguien puede ser un gran estudioso del lenguaje sin llegar a ser un científico y puede ser un científico del lenguaje sin que sus aportaciones representen un giro decisivo en nuestro conocimiento lingüístico. Platón (c. 428-347 a. C.) y Aristóteles (c. 384-322 a. C.) hicieron sabias observaciones sobre el lenguaje (que aún nos sentimos obligados a citar), pero no eran, ni se sentían, científicos, como no lo fueron los *modistae* medievales, ni el Bto. Ramon Llul (1232?-1316), ni Joan Lluís Vives (1492-1540), ni Juan Huarte de San Juan (1529?-1588), ni los lógicos de Port-Royal, entre tantos otros. Excluida, tal vez, la clase de los gramáticos (sin duda formalistas, aunque movidos siempre por una finalidad práctica y apenas teórica, salvadas unas pocas excepciones, entre las que se cuentan ciertas *artes* misioneras), la lingüística científica como tal no aparece hasta el siglo XIX; y, lo que no deja de ser notable, lo hace más bien del lado de las ciencias de la naturaleza.

Es importante poner esto de manifiesto porque, de lo contrario, la obra lingüística de Amor Ruibal suscitará inevitablemente nuestra perplejidad. Como ustedes saben, consta de un prólogo muy extenso a una traducción de los *Principes généraux de linguistique indo-européenne* (1890) de Paul Regnaud (1838-1910)¹, en el que se exponen las ideas principales, y de una obra larga y pesada, en dos volúmenes, donde dichos principios se adornan con una aplastante erudición². Pero de esto no cabe colegir que nuestro autor fuera un científico, sino, más bien, que se trataba de lo que en su época se llamaba *un sabio*. Que supo muchas cosas, muchas más de las que cabía esperar en un profesor de un país europeo marginal y en una universidad de provincias, resulta patente; que hiciera aportaciones merecedoras de mejor suerte bibliográfica es lo que está por ver. Porque lo cierto es que cita a muchísimos autores de la época y demuestra conocerlos bien, mas no parece que fueran demasiados los que lo citaron a él, ni que haya ejercido una influencia ni intensa ni perdurable. Para eso, naturalmente, estamos aquí los ponentes de este simposio, para demostrar que en otras circunstancias (en un país *serio*, y escribiendo en una de las lenguas consagradas por la ciencia) su suerte y estimación habrían sido otras.

Por eso he titulado mi contribución como lo he hecho: porque creo que uno de los rasgos más destacados del perfil intelectual de Amor Ruibal es que encaró el lenguaje desde la perspectiva del científico, antes que desde la del filósofo o desde la del erudito. Para no perdernos, convendrá hacer antes que nada una aclaración.

1. P. Regnaud, *Principios generales de lingüística indo-europea. Versión española, precedida de un estudio sobre la ciencia del lenguaje por el Dr. Á. Amor Ruibal*, Consello da Cultura Galega, Santiago de Compostela, 2005 [*princeps*, 1900]. Nota: a partir de ahora emplearemos las siglas «CL» para referirnos a este trabajo (concretamente, a la «Introducción» que firma Amor Ruibal).

2. Á. Amor Ruibal, *Los problemas fundamentales de la filología comparada. Su historia, su naturaleza y sus diversas relaciones científicas. Primera Parte*, Consello da Cultura Galega, Santiago de Compostela, 2005 [*princeps*, 1904]; Á. Amor Ruibal, *Los problemas fundamentales de la filología comparada. Su historia, su naturaleza y sus diversas relaciones científicas. Segunda Parte*, Consello da Cultura Galega, Santiago de Compostela, 2005 [*princeps*, 1905]. Nota: a partir de ahora emplearemos las siglas «PFFC I» y «PFFC II» para referirnos a estos dos trabajos.

ción terminológica. Hoy en día solemos considerar que los científicos del lenguaje se llaman *lingüistas*, mientras que los que desde la más remota antigüedad se interesaron por su dimensión humanística son más bien *filólogos*, dicho todo esto sin connotaciones valorativas ni en un sentido ni en el otro. Pues bien, Amor Ruibal, después de señalar la dificultad para separarlas, usa ambas palabras indistintamente, si bien se inclina por apuntar ya el uso moderno de estos términos:

Por mucho tiempo la Filología se ha identificado con los estudios gramaticales, y no podía menos de suceder así, mientras éstos no han constituido cuerpo científico [...] No todos, sin embargo, convienen en fijar los límites de la Filología y de otros estudios gramaticales. Mientras unos distinguen entre Filología y Lingüística considerando la primera como el estudio filosófico de los idiomas y la segunda como el estudio gramatical y lexicológico de las lenguas, otros extienden el concepto de Lingüística a los estudios de gramática histórica y dan el nombre de Filología a todas las manifestaciones del espíritu en la vida intelectual de los pueblos, constituyendo de esta suerte la filología un complemento de los estudios psicológicos³.

Sin embargo, esto no significa que la *lingüística/filología* de la época de nuestro autor deje de singularizarse respecto a la del pasado. La confusión terminológica parece aclararse cuando destaca que existen dos tipos de acercamiento, uno empírico y otro especulativo (los cuales relaciona respectivamente con los hindúes y con los griegos), y afirma que el mérito de su época es haberlos conciliado:

Desde los comienzos de la Filología y tal como nos es dado conocerla, aparecen dos diversas tendencias en la dirección de los estudios lingüísticos. Una práctica y experimental, y otra de principios especulativos y abstractos. Estas tendencias representadas por los dos pueblos que en la antigüedad han cultivado los estudios filológicos (indios y griegos), debían encontrarse un día y adunarse en feliz consorcio para realizar los descubrimientos de la Gramática

3. CL, p. 1, n. 1.

comparada; pero antes muchos siglos hubieron de correr sin resultado alguno para la ciencia⁴.

En otras palabras, sea bajo el nombre de *lingüística* o bajo el de *filología*, la *ciencia del lenguaje* solo es posible poniendo de acuerdo la teoría con la experimentación. Esto, dicho así, parece un tópico. Sin embargo, don Ángel añade que entre teoría y práctica hay que seguir un camino marcado por un método determinado, y este ya me parece un posicionamiento exclusivo de la ciencia:

Sin pretender justificar aquí el método filológico de [Franz] Bopp [1791-1867] como el único ni como el mejor en la gramática histórica, fuerza es confesar que su *Vergleich[ende] Grammatik*⁵ habrá siempre de ser mirada con razón como el primer notable monumento levantado a la filología científica. Aunque reclamamos con justicia para Hervás el título de iniciador de los estudios comparados, Bopp es el primero que supo realizarlos de una manera sistemática⁶.

[C]uando el autor de la primera gramática comparada entró a legislar sobre las lenguas indo-europeas, abrióse para dicha ciencia la era de sus investigaciones y conquistas⁷.

Habrà quien piense que estas afirmaciones son mera hojarasca retórica y que, en el fondo, Amor Ruibal no deja de ser un clérigo obsesionado con la polémica sobre el origen del lenguaje (que traía de cabeza a los católicos en su época). Así parece darlo a entender el que dedicase el último capítulo de *Los problemas fundamentales de la filología comparada*⁸ a esta cuestión y que escribiese allí cosas como esta:

4. CL, p. 6.

5. F. Bopp, *Vergleichende Grammatik des Sanskrit, Zend, Armenischen, Griechischen, Lateinischen, Lithauischen, Altslavischen, Gothischen und Deutschen*, Dümmler, Berlin, 3 vols., 1857-1861² [1ª edición, 1833-1852].

6. CL, p. 4 n. 1.

7. CL, pp. 4-5; cursivas añadidas.

8. PFFC II, pp. 647-736.

Sobre el postulado de que las divinidades antiguas son simples metáforas objetivadas y lenguaje figurado que acabó por tomarse como lenguaje propio, a cuyas imágenes se le atribuyó una realidad personal, levantóse el aparatoso edificio de la Mitología comparada [...].

La causa inmediata y base al mismo tiempo del nuevo procedimiento hermenéutico está, no es menester decirlo, en la Filología comparada, ante la cual la Mitología comparada no vendría a ser más que una desviación lingüística con colorido psíquico-religioso acentuado e individualizado a través de los pueblos, según el carácter de estos, no de otra suerte que aconteció con los idiomas derivados de un tronco común. Como la Filología comparada hizo desaparecer los antiguos usuales conceptos de formación de palabras y lenguas, la Mitología comparada propúsose hacer olvidar el concepto tradicional de las divinidades, reemplazando a los sistemas que desde el clasicismo venían imperando de una u otra forma; y a la manera que la Gramática comparada estudió las familias de idiomas, y unió glotológicamente romanos y griegos, celtas, eslavos, germanos y arios asiáticos, así el nuevo método de interpretación mítica pretendió estudiar las familias de religiones europeas reuniéndolas en un solo centro primitivo, común con el de las mismas lenguas arias⁹.

Ahí estaba, pues, el problema. El comparatismo había desarrollado un método riguroso que había permitido convertir a la *lingüística/filología* en verdadera ciencia. Pero la extensión de dicho método a la mitología tenía el inconveniente de remitir los conceptos religiosos a un paradigma comparativo semejante, lo que para un profesor de teología católica resultaba, obviamente, inaceptable; por eso Amor Ruibal refuta dicho planteamiento en estos términos:

El sistema filológico aplicado a los conceptos religiosos no puede demostrar *a priori* la existencia de una evolución significativa en las palabras hasta constituir personificaciones sobre los nombres de objetos primitivamente significados. *Porque el sistema filológico no demuestra ni puede demostrar que la razón genética de las ideas está en los sonidos, ni aun que exista una razón necesaria de coexistencia que eslabone aquellas y estos; antes la idea es por condición natural de la palabra elemento*

9. PFFC II, p. 711.

presupuesto para constituirla, según hemos visto en otro lugar, y así el orden psicológico como el cronológico de palabras y conceptos reclaman el procedimiento inverso al que impugnamos. [...] Sólo las palabras son generadoras de conceptos cuando [el lenguaje] se considera como medio de comunicación con los demás, o sea como *instrumento doctrinal*; mas esta condición del lenguaje supone justamente la *ordenación intencionada* a expresar una idea por un determinado sonido en el que habla, y la persuasión de esto mismo en el que escucha, sin lo cual sería imposible toda mutua inteligencia¹⁰.

Dicha postura tenía, desde luego, antecedentes filosóficos, pues, antes de la eclosión del darwinismo, las posturas estrictamente materialistas aparecían como algo bastante injustificado. Ya fueran racionalistas o naturalistas, los filósofos coincidían en su convicción de que la vida mental es exclusiva de la especie humana. En esta tradición se sitúa Amor Ruibal y lo que él diga nunca rebasará los límites impuestos por dicho paradigma. Lo deja claro cuando habla de la doble naturaleza del lenguaje, *ἔργον* y *ἐνέργεια*:

El doble carácter que es dado distinguir en la palabra en cuanto es individualmente una *ἐνέργεια* y en cuanto socialmente podemos considerarla como un *ἔργον*; o sea, su doble aspecto en cuanto la lengua es formación directa individual y peculiar al que habla, y en cuanto es obra social reflejamente llegada a nosotros, que la tomamos del medio ambiente en que física e intelectualmente nos formamos, hace que la noción de lenguaje pueda presentarse desde distintos puntos de vista, ofreciéndose una misma definición de vario modo según se considere la lengua como producida en cada uno, o como recibida ya de los que la poseen cual instrumento social¹¹.

Nótese, con todo, que pese a los términos *ἔργον* y *ἐνέργεια*, Amor Ruibal no se mueve aquí en la línea espiritualista

10. PFFC II, p. 717; las primeras cursivas (desde *Porque el...* hasta *para constituirla*) son añadidas.

11. PFFC II, p. 121.

de Wilhelm von Humboldt (1767-1835), para quien la *ἐνέργεια* era una especie de energía espiritual de todo un pueblo:

Die Sprache, und nicht bloss im Allgemeinen, sondern jede besondere, auch die ärmste und roheste, ist an und für sich ein des angestrengtesten Nachdenkens würdiger Gegenstand. Sie ist nicht bloss, wie man gewöhnlich zu sagen pflegt, der Abdruck der Ideen eines Volkes, für viele ihrer Zeichen lassen sich die Ideen gar nicht abgesondert von ihr aufzeigen; sie ist die gesammte *geistige Energie* desselben, bleichsam durch ein Wunder in gewisse Töne gebannt, in dieser Gestalt durch den innren Zusammenhang dieser Klänge anderen verständlich, und wieder die ähnliche Energie in ihnen, nur auf ihre Weise, erweckend¹².

Se mueve, al contrario, en una línea sociologista (en el fondo rousseauniana), que adelanta con claridad la de Ferdinand de Saussure (1857-1913):

L'étude du langage comporte donc deux parties: l'une, essentielle, a pour objet la langue, qui est sociale dans son essence et indépendante de l'individu; cette étude est uniquement psychique; l'autre, secondaire, a pour objet la partie individuelle du langage; c'est-à-dire la parole y compris la phonation: elle est psycho-physique¹³.

La sorprendente consecuencia es que nuestro autor, pese a enlazar con una tradición de pensamiento lingüístico ya periclitada, y pese a ser un mero comentarista de los estudios de gramática comparada, se encuentra así adelantando los planteamientos estructuralistas de un comparatista que iba a marcar un rumbo decisivo para la lingüística como ciencia.

Sería erróneo, no obstante, pensar que Amor Ruibal es una especie de antecesor de Saussure. Y es que, aunque la diferencia

12. W. von Humboldt, «Fragmente der Monographie über die Basken», en W. von Humboldt, *Gesammelte Schriften*, hrsg. von der königlich preussischen Akademie der Wissenschaften. Bd. 7, Hälfte 2. *Paralipomena*, Behr, Berlin, 1908, p. 602; cursivas añadidas.

13. F. de Saussure, *Cours de linguistique générale*, Payot, París, 1972 [1ª edición, 1916], p. 37.

entre la *langue* y la *parole* ya está en él, su postura respecto a la relación del *signifiant* con el *signifié* es diferente. La ciencia comparatista del lenguaje –con su obsesión por la primacía de los sonidos, que siguen leyes autónomas– se enfrentaba al mentalismo tradicional. Amor Ruibal comparte este planteamiento, al considerar el *signifiant* en su materialidad como algo desligado del *signifié*, lo cual excluye cualquier estructuralismo basado en la metáfora de la hoja de papel. Sin embargo, ello no lo convierte en un comparatista al uso de la época; así, por ejemplo, critica a Franz Bopp y postula un psicologismo estricto como basamento científico de la lingüística:

En el método de Bopp el procedimiento empírico y puramente mecánico de examen filológico lleva consigo el inconveniente grave de aislar el lenguaje del hombre que lo habla y que lo produce y, como resultado, la necesidad de presentar leyes *apriorísticas* sobre los fenómenos lingüísticos, que no pueden menos de ser deficientes o inexactas, por no estar fundadas en la verdadera causa de la evolución del lenguaje [...].

[...] Prescindiendo de la psicología en el estudio de las lenguas desaparece la significación filosófica de estas, piérdese la trabazón científica de la filología, muchos de sus problemas se oscurecen, y no sólo quedan inexplicables los puntos fundamentales de esta ciencia, sino también fenómenos gramaticales y lexicográficos con que tropezamos a cada paso¹⁴.

Amor Ruibal se acerca a los *Junggrammatiker* cuando reivindica el componente psicológico del lenguaje, si bien matiza su postura personal en estos términos:

La utilidad del lenguaje [...] puede reducirse a la utilidad de la palabra como *imagen*, como *signo* y como *instrumento doctrinal*. Para apreciar el valor de la palabra como imagen bastaría observar nuestro modo de ser psicológico; esta observación psicológica, en efecto nos advierte la necesidad de una representación sensible que acompañe a todas las operaciones mentales, pero sin confundirse con ellas

14. CL, pp. 54-55.

[...] porque es esencialmente sonido y como tal de naturaleza externa [...].

Como signo puede decirse que el lenguaje supera a todos los demás así naturales como artificiales [...].

El valor del lenguaje como instrumento doctrinal se colige de sus condiciones como instrumento y como signo. [...] El *verbum mentis* o concepción ideal no tiene reproducción exacta más que en el *verbum orale* o en la palabra¹⁵.

Estas líneas ponen de manifiesto en don Ángel una teoría semiótica de tipo peirceano. Hay en Charles S. Peirce (1839-1914) una nueva fenomenología («phaneroscopy») basada en tres categorías susceptibles de reducir la multiplicidad de las impresiones sensibles a unidad sin tener que pasar –como Immanuel Kant (1724-1804)– por un sistema lógico-deductivo previo: *lo primero* («Firstness»), *lo segundo* («Secondness») y *lo tercero* («Thirdness»)¹⁶. *Lo primero* es la concepción del ser o del existir independientemente de otra cosa; *lo segundo* es la concepción del ser relativa a –o por reacción a– otra cosa; y *lo tercero* es la concepción de mediación por la cual *lo primero* y *lo segundo* se ponen en relación. De manera similar, el lenguaje, según Amor Ruibal, puede interpretarse: (a) como una *imagen*, esto es, como puro sonido desvinculado de la idea; (b) como *signo* de la idea; (c) como *relación* entre ambos, que puede transmitirse a otros y funcionar como instrumento doctrinal.

Naturalmente, aunque fue contemporáneo de Peirce, Amor Ruibal no pudo conocer su obra, dado que ésta permaneció inédita hasta 1931¹⁷; pero el haber adoptado un planteamiento semiótico peirceano (tan distinto del de Saussure) marcará su contribución a la lingüística: las ideas de nuestro autor preludian una postura más parecida a la que adoptaría más tarde el estructu-

15. CL, pp. 60-61.

16. Cf. Ch. S. Peirce, «The principles of phenomenology», en Ch. S. Peirce, *Philosophical writings*, Dover Publications, Nueva York, 1955, pp. 75 ss.

17. Es entonces, en efecto, cuando se publica el primero de los ocho volúmenes de sus *Collected papers* (Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1931).

ralismo americano que a la del estructuralismo europeo. Entre sus postulados destacan tres que son consecuencia de los anteriores:

1) La primariedad de la forma, la cual privilegia los sonidos sobre los significados en un primer acercamiento al lenguaje.

2) La concepción de las categorías como conjuntos de formas, idea típicamente distribucionalista.

3) La importancia de la interpretación, lo cual se traduce en una teoría pragmática conforme a la cual el significado no está ahí, sino que realmente se consume en el acto de comunicación.

Compárense las siguientes afirmaciones de Amor Ruibal con los axiomas de Leonard Bloomfield (1887-1949)¹⁸, que inauguran la ciencia del lenguaje en los EE UU:

1a') Que si el material lingüístico puede ser exactamente el mismo en las lenguas que decimos sucederse unas a otras, eso no impide la legitimidad de la distinción en los idiomas, *porque estos resultan no de la diversidad de elementos, sino de la diversa manera de ser combinados*, y de la variedad fonética y morfológica en ellos [...] La palabra, en cuanto signo sonoro de nuestro pensamiento, no es una realidad psicológica, sino una realidad fonética; la realidad psicológica sólo corresponde al pensamiento y a la idea¹⁹.

1b') An act of speech is an *utterance* [...].

[...] The vocal features common to same or partly same utterances are *forms*; the corresponding stimulus-reaction features are *meanings*.

[...] Every utterance is made up wholly of forms²⁰.

2a') Así, decir que una palabra *aria* pertenece a esta o aquella raíz, equivale a decir que forma parte de un grupo de palabras que tienen en común, descartados sus determinantes (sufijos y desinencias), un elemento fundamental que las relacione en el sonido y en el sentido. Es, pues, la raíz de esta manera entendida, un elemento correlativo del sufijo de la desinencia; pero no un elemento primitivo del conjunto de voces a que se refiere, por lo menos en cuanto deducida por análisis de una lengua dada²¹.

18. L. Bloomfield: «A set of postulates for the science of language», *Language*, 2, 1926, pp. 153-164.

19. PFFC II, pp. 112-113; cursivas añadidas.

20. L. Bloomfield, «A set...», *op. cit.*, pp. 154-155.

21. PFFC II, pp. 212-213.

2b') Each position in a construction can be filled only by certain forms.

[...] The positions in which a form occurs are its *functions*.

[...] All forms having the same functions constitute a *form-class*.

[...] The functional meanings in which the forms of a form-class appear constitute the *class-meaning*.

[...] The functional meanings and class-meanings of a language are the *categories* of the language²².

3a') Y por cuanto esta relación entre el sonido y el concepto no fluye de la naturaleza misma de uno y otro, sino que resulta de una determinación extrínseca a ambos términos, el *simbolismo fonético* es por su naturaleza no necesario, y por consiguiente mudable; de aquí el que pueda un solo idioma multiplicarse en sus variedades [...].

Pero esto no obstante, por cuanto [...] el lenguaje a su vez se ordena a servir de medio concreto comunicativo entre sociedades y hombres uniéndolos a través del espacio y del tiempo, la relación arriba señalada entre el *sonido* y el *sentido* no puede ser totalmente transeúnte, antes es necesario aparezca con regularidad sostenida. [...] De aquí que el simbolismo fonético que constituye la palabra, encierre necesariamente la relación dicha de una manera *durable*, a pesar de su condición esencialmente *mudable*²³.

3b') A speech-community is a group of people who interact by means of speech²⁴.

The difficulty or impossibility of determining in each case exactly what people belong to the same speech-community, is not accidental, but arises from the very nature of speech communities [...] These differences play a very important part in the history of languages²⁵.

Desde luego, no pretendo insinuar que Amor Ruibal fuese un antecedente del distribucionalismo: es evidente que su horizonte intelectual era filosófico y, además, estaba profundamente marcado por la escolástica. Sin embargo, se trata de una posición escolástica que podríamos tildar de «empirista», en el sentido de que prevalece lo psicológico sobre lo lógico y lo natural sobre lo artificial:

22. L. Bloomfield, «A set...», *op. cit.*, pp. 158-159.

23. PFFC II, pp. 122-123.

24. L. Bloomfield, *Language*, Henry Holt & Co., Nueva York, p. 42.

25. L. Bloomfield, *Language*, *op. cit.*, p. 45.

Los argumentos de hecho, tomados de que el hombre no ha conseguido inventar un lenguaje a pesar de haberlo intentado, no muestran que sea ajeno al hombre la formación de lenguaje alguno [...]; lo que prueban es que existe dificultad suma en la creación de una lengua *fuera de los moldes ordinarios de su formación* [...]. Adviértase [...] que de este modo sólo se demuestra la dificultad (no la imposibilidad, pues la lengua general puede ser y tal vez sea un hecho) de un idioma *convencional*, impuesto de un modo externo y no natural, cuando se trata de la formación evolutiva del lenguaje según las leyes de la naturaleza y siguiendo el movimiento psicológico que se observa en la formación ordinaria de los idiomas²⁶.

Así se llega en don Ángel a una preocupación por el método que recuerda nuevamente a Saussure, pero que tiene que ver más con los planteamientos de Bloomfield que con los del maestro de Ginebra. Por ejemplo, considérense estas palabras de nuestro filósofo:

Siendo el principio de la constancia de las leyes fonéticas inde-mostrable en toda lengua [...], este principio como *método* no podría conducir a la demostración deseada en caso alguno; por consiguiente, o es una pura *hipótesis*, o hay que convenir en que el método de la constancia en las leyes fonéticas sirve tan sólo para evidenciar que *no son constantes*.

Que si el método consiste en la agrupación de hechos para fijar cuál sea la *regla* y cuál la *excepción*, no podrá llamarse método de *leyes constantes* mientras estas no resulten de los hechos. Pero por lo mismo que los hechos no son uniformes [...], la *uniformidad*, o sea la *constancia* de la ley fonética, no podrá demostrarse jamás²⁷.

Esta apuesta por el método inductivo es típica del empirismo lingüístico. Considérense, por ejemplo, las siguientes afirmaciones de Bloomfield en *Language*:

26. CL, pp. 70-71.

27. PFFC II, p. 116.

All historical study of language is based upon the comparison of two or more sets of descriptive data. It can be only as accurate and only as complete as these data permit it to be [...].

The only useful generalizations about language are inductive generalizations. Features which we think ought to be universal may be absent from the very next language that becomes accessible. Some features, such as, for instance, the distinction of verb-like and noun-like words as separate parts of speech, are common to many languages, but lacking in others²⁸.

Estas palabras se contradicen abiertamente con toda una tradición especulativa que viene de la lógica aristotélica y medieval, y que se refuerza en la escuela de Port-Royal; pero no habrían chocado en absoluto a Amor Ruibal, quien escribe cosas como estas:

En rigor, la frase en su constitución primaria es una *designación particular atributiva*, según sentamos al tratar de la *glotología* psíquica, en la cual entran un elemento representativo de sujeto y otro elemento predicado; un nombre y un adjetivo, o mejor, un doble calificativo primario y secundario (pues sabido es que todo nombre designa *cualidad*) limitándose mutuamente al predicarse uno del otro, dan origen a la frase. [...] El nombre, pues, el verbo y el adjetivo en su razón significativa son primitivos y esenciales a la frase, aunque ninguno de ellos, por la identidad fundamental de su significación, es necesario en la forma que revisten; y como el verbo puede reemplazar al adjetivo, este puede sustituir al nombre²⁹.

Esta postura metodológica resulta verdaderamente notable. Por sus condicionamientos personales, don Ángel estaba obligado a moverse en una tradición logicista y filosóficamente escolástica³⁰; pero por sus ideas, por su actitud ante la lengua, era esencialmente un hombre moderno, un descriptivista (en el sentido estadounidense de la palabra), aunque no tuviera continuadores, y aunque

28. L. Bloomfield, *Language*, op. cit., pp. 19-20.

29. PFFC II, p. 274.

30. La misma que, un cuarto de siglo más tarde (en estricta coincidencia cronológica con el *Language* de Bloomfield), daría a la luz la increíble *Filosofía del verbo* (Imprenta Ruiz, Madrid, 1931) del P. Felipe Robles Dégano (1863-1939).

su labor fuera preterida en el ámbito de la filología en España. Lo que aquí predominaba a comienzos del siglo xx eran la actitud antipositivista y el amor por las vagas generalizaciones sin fundamento, según revela la siguiente cita de Marcelino Menéndez y Pelayo (1856-1912):

Lo particular, lo individual, lo infinitamente pequeño, lo accidental y fortuito, se ha sobrepuesto en tales términos a lo general, a lo trascendente y a lo absoluto; ha llegado a tal extremo el desmenuzamiento del trabajo intelectual; han triunfado de tal modo las monografías sobre las síntesis, que, en vez de luz, comienza a producirse el caos, a fuerza de amontonar sin término, y, a veces, sin plan, hechos, detalles, observaciones y experiencias. Por otra parte, como este género de trabajo no está de ningún modo vedado a las medianías, no exige grandes dotes intelectuales, sino un enorme poder de paciencia, de atención, de orden y de memoria; las medianías han triunfado de tal modo que pasan hoy por glorias de Alemania y absorben la atención pública (antes concedida sólo a los sublimes metafísicos y a los poetas excelsos), los copistas de inscripciones, los amontonadores de variantes, los naturalistas al por menor, los gramáticos que estudian las formas de conjugación en tal o cual dialecto desconocido, y a este tenor otra infinidad de trabajadores útiles, laboriosísimos, estimables, pero que no pasan, ni pueden pasar, de la categoría de trabajadores, sin literatura, sin filosofía y sin estilo³¹.

Tremendas palabras que reflejan un estado de opinión generalizado y que debían arredrar al más pintado: ¿quién osaría ser «naturalista al por menor» en vez de «sublime metafísico»? Es verdad que Ramón Menéndez Pidal (1869-1968), el propio discípulo de Menéndez y Pelayo, acabaría rebelándose contra este planteamiento e inaugurando una etapa positivista brillante en el ámbito de la filología española. Pero en las otras filologías, la clásica y las modernas, no fue así, tal vez porque la obtención de datos resultaba más difícil y porque el temor a ser estigmatizado era más patente.

31. *Apud* C. Real de la Riva: «Menéndez Pelayo y la crítica literaria española», *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo*, 32, 1956, p. 323.

Sin embargo, Amor Ruibal no era un positivista vulgar, no se limitaba a aplicar ciegamente un método aprendido a una serie de datos:

No cabe dudar que la *teoría de las ondas* en abstracto se presenta como solución ordenada, y que tomada en su concepto capital evolutivo basta para explicar la realización de los hechos glotológicos. Pero de que una teoría sea bastante para la explicación de una serie de hechos, no se sigue que sea la verdadera explicación de ellos, mucho más cuando otras series de hechos se encargan de hacer ver la verosimilitud, por lo menos, de restricciones que hacen posible la explicación de otras teorías³².

Amor Ruibal tenía una vacuna contra los excesos de la teorización: su conocimiento de lenguas. No es sorprendente que *Los problemas fundamentales de la filología comparada* comience con una reivindicación de Lorenzo Hervás y Panduro (1735-1809):

Al traspasar las fronteras de los viejos procedimientos glotológicos y llegar a los umbrales de la Ciencia del Lenguaje, un nombre respetable, el de Hervás Panduro, se nos presenta cerrando el período antiguo y abriendo la nueva era lingüística, y sintetizando en su labor verdaderamente extraordinaria los ideales de la Filología comparada al enseñorearse del poliglotismo para vaciar en moldes científicos los materiales acumulados durante siglos [...].

Hervás reunía por modo singular las condiciones necesarias para realizar la empresa a que estaba destinado: actividad infatigable, penetración e ingenio clasificador, erudición grande inmensamente aumentada por la condición misma del destierro, que hizo llegar a sus manos, como él confiesa, un tesoro inapreciable de datos relativos a lenguas desconocidas³³.

En efecto, Hervás fue el primero que tuvo en España, y fuera de ella, un planteamiento estricto de lingüística general. Pero al jesuita conquense le faltó método, y aquí es donde entra nuestro

32. PFFC II, pp. 584-585.

33. PFFC II, pp. 1-3.

autor al proponer las bases de un procedimiento que, en el fondo, no deja de ser distribucional. Ciertamente es que no lo desarrolló, pero su carácter pionero resulta indiscutible. Por lo pronto, cosa sorprendente en un autor de formación escolástica, reivindica los argumentos en contra del principio de autoridad:

Inútil creemos y ajeno a nuestro propósito traer aquí los testimonios, ora favorables ora adversos a la evolución por fases, ya que no es el peso de la autoridad sino el de sus argumentos el que ha de buscarse en esto³⁴.

Además, sentada la prioridad de los hechos sobre las teorías, considera que no todas las hipótesis tienen el mismo grado de generalidad:

Debe, pues, distinguirse en orden a la cuestión: 1º, el *hecho* y la realidad histórica que presenta el material lingüístico como objeto de las fases [...]; 2º, el carácter de las teorías que estudien las fases, ora a) como absolutamente necesarias en el orden genético de todas las lenguas; ora b) como meramente posible[s] en todas ellas y existente[s] en algunas; c) finalmente, como reales o posibles dentro de grupos determinados, suponiendo troncos lingüísticos independientes³⁵.

Es notable este acercamiento a los universales del lenguaje. Eugenio Coseriu (1921-2002) formuló ideas muy parecidas más de medio siglo después, en plena eclosión de la ciencia del lenguaje:

En efecto, lo que llama la atención ante todo, en las investigaciones y afirmaciones de principio relativas a los universales lingüísticos, es que los universales comprobados o propuestos no son tales en el mismo sentido [...].

A este respecto es preciso distinguir, en primer lugar, de acuerdo con su sentido lógico [...], tres tipos primarios [de universalidad]:

[...] 1) Universalidad *conceptual* o universalidad en cuanto *posibilidad*. A este respecto, todas las categorías lingüísticas –aun categorías comprobadas en una sola lengua, e incluso categorías

34. PFFC II, p. 600.

35. PFFC II, pp. 600-601.

hipotéticas, pero que no se encuentran en contradicción con el concepto de lenguaje— son universales, en el sentido de que constituyen posibilidades universales del lenguaje [...].

2) *Universalidad esencial* o universalidad en cuanto *necesidad racional*. En este sentido, es universal toda propiedad que pertenezca a los conceptos de lengua y lenguaje o que pueda deducirse de estos conceptos como tales.

3) Universalidad en cuanto *generalidad histórica* (o *empírica*); es, ésta, la universalidad de las propiedades que se comprueban efectivamente en todas las lenguas o, al menos, en todas las lenguas conocidas³⁶.

Es evidente que, liberado de la hojarasca retórica propia de la época y del ambiente en el que se movía, en Amor Ruibal hay un verdadero teórico del lenguaje. Sin embargo, personalmente me quedo con su propensión a fundamentar empíricamente lo que dice, porque, en la filología practicada a la sazón en España, es lo que de verdad llama la atención por lo inusual. Por ejemplo, arguye con ejemplos tomados no solo de las lenguas clásicas o de las semíticas —que conocía bien—, sino también del chino:

Las raíces arias *entran en la palabra* y crecen o disminuyen en vocales y consonantes, mientras las raíces chinas *entran en la frase* para poder ser palabras, sin recibir ni causar modificaciones³⁷.

O del turco:

Si las lenguas flexivas alteran fonéticamente raíz y afijos, reduciendo a estrecha unidad significación y sonido, las lenguas aglutinantes aglomeran los varios elementos significativos cerca de una raíz principal [...]. Declinando, p. ej., en turco la palabra *Hekim* (doctor), tendremos en singular *Hekimun* (gen.), *Hekimdan* (ablat.), y en plural, *Hekimlarung* (gen.), *Hequinkardan* (ablat.); donde se ve que *Hekim* permanece independiente y sin modificaciones, pudiendo separarse de los elementos modificativos, y tener significación aisladamente³⁸.

36. E. Coseriu: «Los universales del lenguaje (y los otros)», en E. Coseriu, *Gramática, semántica, universales. Estudios de lingüística funcional*, Gredos, Madrid, 19872 [1ª edición, 1978], pp. 150-152.

37. PFFC II, p. 607.

38. PFFC II, pp. 609-611.

Pudiera pensarse, de lo dicho, que en Amor Ruibal hay intuiciones, destellos, mas nunca un sistema completo, un cuerpo de doctrina coherente, fuera del puramente historiográfico. Esta caracterización es cierta en líneas generales, pero no le hace justicia del todo porque hay un tema en el que llegó a desarrollar una posición elaborada, la cual enlaza plenamente con sus planteamientos anteriores: el origen del lenguaje. En el siglo XVIII, los filósofos se alineaban en una de estas dos posturas, la racionalista o la empirista. Para los primeros el lenguaje es una creación humana y no lo puede deber todo a la naturaleza; para los segundos constituye una continuación de los impulsos naturales. Sin embargo, unos y otros parten de un supuesto indiscutible, la exclusividad del género humano, su singularidad histórica, la cual nos lo presenta como un ser radicalmente distinto de los animales, un ser –según afirman todos, aunque tal vez no siempre estén seguros de ello– creado por Dios de manera excepcional. Desde esta perspectiva humanista, en la que no es necesario explicar cómo llegó a formarse un ser humano a partir de los animales, el único problema reside en el surgimiento del lenguaje a partir de una mente inteligente.

Jean Jacques Rousseau (1712-1778), en su *Essai sur l'origine des langues* (1782)³⁹, constata la complejidad del lenguaje y tiene por imposible que las lenguas hayan podido surgir en individuos aislados, de forma que sostiene que la capacidad lingüística sólo pudo aparecer tras los reagrupamientos sociales en los que se basa la cultura. Por eso titula el capítulo II, contra su amigo Étienne Bonnot de Condillac (1714-1780), «Que la première invention de la parole ne vient pas des besoins mais de passions»⁴⁰; y en el capítulo IX añade que «la terre nourrit les hommes; mais quand les premiers besoins les ont dispersés, d'autres besoins les rassemblent, et c'est alors seulement qu'ils parlent et

39. El *Essai* se publicó póstumamente, en el decimosexto volumen de la *Collection complète des oeuvres de J. J. Rousseau, citoyen de Genève* ([s. n.], Ginebra, 1782, pp. 209-325).

40. J. J. Rousseau, *Essai sur l'origine des langues*, en J. J. Rousseau, *Collection complète...*, *op. cit.*, p. 225.

qu'ils font parler d'eux»⁴¹, planteamiento que adelanta los de Kant y Ernst Cassirer (1874-1945).

La postura naturalista está representada típicamente por el *Traité des sensations* (1754) de Condillac⁴², quien, tras criticar a los racionalistas y afirmar, con John Locke (1632-1704), que el habla surge de la acción y en última instancia de las sensaciones (recuérdese el mito de la estatua que las va adquiriendo poco a poco), considera, no obstante, que el lenguaje es una creación humana, pues constituye el fundamento del raciocinio y es lo que propiamente distingue al hombre de los animales. Rousseau le opondrá que los animales no sólo desarrollan hábitos, sino que tienen instintos innatos y que el lenguaje es el más elevado de ellos, por lo que no basta para explicar la especificidad humana y hay que recurrir a la sociedad. Pero Condillac, en el *Essai sur l'origine des connaissances humaines* (1746)⁴³, afirma que existe una mente cartesiana preestablecida que construye un lenguaje verbal a partir del lenguaje mental de las ideas; aunque, al mismo tiempo, es sólo gracias a este lenguaje verbal como se alcanza claridad en el lenguaje mental, de manera que uno y otro se presuponen mutuamente. Es importante advertir todo esto porque a menudo se ha identificado a Condillac tan sólo con su teoría de las sensaciones y se le considera un adelantado de los biólogos del XIX, olvidando su componente mentalista, que comparte con los autores y las preocupaciones de su siglo.

En definitiva, por lo que respecta al punto de partida —la especificidad inefable del hombre— Rousseau y Condillac no dejan de ser primos hermanos. Cualesquiera que fueran las reticencias que la ortodoxia católica pudiera tener con los filósofos, éstos siempre se cuidan de diferenciar entre un lenguaje primitivo de los ani-

41. J. J. Rousseau, *Essai sur l'origine des langues*, en J. J. Rousseau, *Collection complète...*, op. cit., p. 281.

42. E. B. de Condillac, *Traité des sensations*, à Madame la marquise de Vassé, De Bure l'aîné, París, 1754.

43. E. B. de Condillac, *Essai sur l'origine des connaissances humaines, ouvrage où l'on réduit à un seul principe tout ce qui concerne l'entendement humain*, P. Mortier, Ámsterdam, 1746.

males y un lenguaje desarrollado del ser humano. Sin embargo, este paradigma tan confortable había sido sacudido violentamente por la aparición de *On the origin of species* (1859)⁴⁴ y, peor aún, por la de *The descent of man* (1871)⁴⁵, donde Charles Darwin (1809-1882) deriva expresa e inequívocamente el ser humano de los animales y, consiguientemente, su lenguaje del de éstos. Esto, ciertamente, no era nuevo, pero siempre se había afirmado sin pruebas. Aparecidas esas obras, la creciente acumulación de testimonios que avalaban la teoría de la evolución de las especies por la selección natural tenía el inconveniente de extender dicho crédito científico al origen del lenguaje, al fin y al cabo un comportamiento neurológico de una especie como las demás. Más aún: por sorprendente que parezca, el modelo de especiación ramificada había sido tomado prestado por Darwin de la filología comparada, con lo que resultaba evidente que los lingüistas habían sido colocados, les gustase o no, en el ojo del huracán de las disputas ideológicas.

Es interesante comprobar cómo respondió Amor Ruibal al reto planteado por el darwinismo, precisamente porque para un científico de la lingüística resultaba un ataque desde dentro, desde la ciencia y no desde la pura especulación. Para un teólogo católico lo más cómodo hubiera sido partir de la exclusividad de la especie humana (como habían hecho los filósofos del XVIII), no de su origen, a la manera de Darwin. Pues bien, Amor Ruibal hace notar que las posiciones de los darwinistas son tan especulativas como las de los filósofos, si no más, es decir, les ataca donde más podía dolerles, en su falta de método científico:

El problema del origen del lenguaje es en realidad más que un problema glotológico, un problema *histórico*; y en cuanto tal, no determinable por las especulaciones lingüísticas, las cuales sobre la formación de la lengua primera sólo pueden ejercitarse en un campo hipotético de especulaciones teóricas, sin que le sea dado aspirar a

44. Ch. Darwin, *On the origin of species by means of natural selection, or the preservation of favoured races in the struggle for life*, John Murray, Londres, 1859.

45. Ch. Darwin, *The descent of man, and selection in relation to sex*, John Murray, Londres, 1871.

otro mérito mayor que a constituir cuando más una doctrina *posible* y *verosímil*, entre las que pueden corresponder a la oculta realidad del *hecho*. Este hecho[,] tal como debe figurar en la realidad histórica, es muy complejo, y combinándose necesariamente con el problema de los orígenes del hombre, y con el de su naturaleza psíquica, es imposible una acertada solución glotológica en la materia, sin que vaya precedida de otro orden de principios racional y científicamente establecidos, acerca [de] la aparición de la humanidad sobre la tierra, y los constitutivos que integran la humana naturaleza⁴⁶.

Sorprendente modernidad la de Amor Ruibal porque este tipo de razones son precisamente las que podemos encontrar hoy día, cuando el tema del origen del lenguaje ha renacido repentinamente, ligado a la cognición. Así, Morten H. Christiansen y Simon Kirby, en el capítulo introductorio de un célebre volumen colectivo sobre el tema⁴⁷, el cual se titula expresivamente «Language evolution: The hardest problem in science?»⁴⁸, escriben:

What is that makes us human? If we look at the impact that we have had on our environment, it is hard not to think that we are in some way 'special' –a qualitatively different species from any of the ten million others.

[...] We still have only a hazy understanding of what exactly it is that makes us human.

[...] Advances are being made, however. The cognitive neurosciences are bringing our view of the brain into focus, and the recent success of human genome sequencing gives us a recipe book for how we are built. However, these approaches to humanity mostly show us how similar we are to other forms of life. The essence of human uniqueness remains elusive.

[...] In this book, we contend that the feature of humanity that leads to the strange properties listed above is language. To understand ourselves, we must understand language. To understand lan-

46. PFFC II, pp. 647-648.

47. M. H. Christiansen y S. Kirby, eds., *Language evolution*, Oxford University Press, Oxford, 2003.

48. M. H. Christiansen y S. Kirby, «Language evolution: The hardest problem in science?», en M. H. Christiansen y S. Kirby, eds., *Language...*, *op. cit.*, pp. 1-16.

guage, we need to know where it came from, why it works the way it does, and how it has changed⁴⁹.

Pues bien, todo esto, todas estas preocupaciones científicas sobre el lenguaje ya estaban presentes en Amor Ruibal. Y es que los capítulos de *Los problemas fundamentales de la filología comparada* —excluidos los que dedica a cuestiones metodológicas (I, II, III)— se ordenan precisamente a afrontarlas: sobre el origen del lenguaje (X), sobre su modo de funcionamiento (IV, V, VI) y sobre los cambios que ha experimentado con el tiempo (VII, VIII, IX). Por eso creo que hay razones fundadas para considerarlo un verdadero pionero de la lingüística científica y para lamentar que en el pobre panorama de la ciencia española de su tiempo (no tan distinto del nuestro, ¿o sí?) pasara casi desapercibido.

49. M. H. Christiansen y S. Kirby, «Language evolution: The hardest...?», *op. cit.*, p. 1.